



Capítulo 444: Golem... ¿controlado por algo?

El gólem retrocedió y su cuerpo tembló por el impacto del golpe de Virgilio en su hombro. Las runas que brillaban allí ahora parpadeaban como brasas a punto de apagarse, chispeando en patrones inconexos. Era como si algo dentro gritara de rabia y confusión, como si lo hubieran despertado a la fuerza de un largo sueño.

Virgilio aterrizó suavemente en el suelo, con la espada todavía en la mano y los ojos fijos en la criatura. El silencio que siguió fue breve, espeso como la niebla y pronto interrumpido por su voz:

"¿Qué fue eso?" preguntó frunciendo el ceño. "¿Apagué... algo?"



Zuri se deslizó desde su hombro hasta su clavícula, y su voz resonó directamente en su mente con un tono reflexivo.

"Muchos de estos golems tienen debilidades grabadas en ellos", dijo, con la calma de alguien recitando un manuscrito antiguo. "Son mecanismos diseñados para garantizar que puedan controlarse. Como válvulas de emergencia."

"¿Controlado?" Virgilio se volvió ligeramente hacia ella, sin apartar completamente la vista del coloso de piedra. "¿Estás diciendo que esa cosa no está luchando por su propia voluntad?"

Zuri dudó por un breve segundo. Entonces ella respondió secamente:

"Por supuesto que no. Si fuera un golem con la más mínima conciencia, no tendría ese tipo de defecto. No habría ningún punto débil. Reaccionaría



instintivamente, animalísticamente... o incluso racionalmente. Pero éste... éste es un títere."

Vergil entrecerró los ojos y sintió un escalofrío que recorría su columna vertebral. Una marioneta. Un enorme cuerpo de piedra y magia, que actúa como una extensión de algo—o de alguien.

"Espera," dio un paso hacia el golem, que ahora se elevaba de nuevo y las runas de su cuerpo se reavivaban lentamente. "¿Me estás diciendo que alguien está controlando esto ahora?"

Zuri no respondió de inmediato. Ella simplemente bajó un poco la cabeza, como si se estuviera preparando para un regaño inevitable.

"Agáchate..." ella empezó, silbando.



Virgilio reaccionó puramente por instinto. Saltó hacia atrás justo cuando el puño del golem destrozó el lugar donde había estado parado, rompiendo el suelo en docenas de fragmentos. La tierra y el polvo volaron por el aire. Si hubiera dudado un segundo...

"¡Lo habría esquivado!" Vergil gruñó, rodando por el suelo y luego levantándose. "Podrías haberlo dicho con menos urgencia."

Zuri se acurrucó alrededor de su cuello, luciendo indiferente.

"Y podrías haber prestado atención desde el principio."



El golem volvió a girar, sus movimientos ahora más violentos, como si se hubiera vuelto más agresivo desde que fue golpeado en el hombro. Sus ojos —esas hendiduras rojas— ardían más intensamente.

Virgilio hizo girar la espada en su mano, analizando el patrón del enemigo. Pero esta vez no se apresuró a atacar. Él estaba pensando.

"Entonces, si lo están controlando..." murmuró, "... ¿a qué me enfrento exactamente? ¿El golem o quien esté detrás de él?"

Zuri respondió, esta vez sin rodeos:

"Ambos. Pero el cuerpo es sólo el medio. La voluntad que lo mueve está en otra parte. En algún lugar entre estas ruinas... o el bosque. Quizás mirando. Quizás probando. Y si tuviera que apostar..." ella miró hacia la parte superior de la cabeza del golem "...ahí es donde eso conectará"



Virgilio siguió su mirada. La parte superior de la cabeza del golem tenía una grieta sutil, casi imperceptible, con pequeñas luces arcanas que pulsaban en sincronía con los ojos de la criatura. Un centro de comando.

"Destruye la cabeza..." murmuró, con una ligera sonrisa. "Un clásico."

"No es sólo la cabeza", corrigió Zuri. "Es el enlace. El ancla. Si lo rompes, se debe cortar el vínculo entre el controlador y el golem. Y tal vez... sólo tal vez... aparezca quien esté detrás de esto."

El gólem rugió de nuevo —ese sonido mineral profundo, como el plegamiento de placas tectónicas— y avanzó con su hoja de cristal levantada.



Vergil respiró profundamente. Sus ojos brillaron por un segundo y su energía creció. Ya no era hora de jugar. Corrió hacia la criatura, esquivando el ataque desde un costado, como una sombra viviente.

Tenía que llegar a la cabeza.

La criatura intentó aplastarlo con su puño libre, pero Virgilio subió por su brazo como si fuera una pared viviente, apoyándose contra los surcos y runas que cubrían su superficie. El golem intentó balancearse para desequilibrarlo, pero Vergil ya estaba sobre su hombro. Con un salto ágil, saltó hasta lo más alto de su cabeza.

Allí estaba el enlace.

Un cristal negro, pulsante en tonos carmesí, rodeado de frágiles runas circulares. Magia antigua. Complejo. Pero frágil, si el golpe fue con la intensidad y el ángulo adecuados.



El cristal en la parte superior de la cabeza del golem pulsaba como un corazón oscuro. Virgilio observó el núcleo por un segundo, calculando. Luego levantó su espada y la bajó con fuerza— el impacto hizo que el sonido de la roca rompiéndose resonara por toda la arena, pero el cristal resistió.

"Tch..." gruñó, dando un paso atrás. El cristal tembló, pero no cedió.

Zuri observó, acurrucada sobre su hombro, sus pupilas se estrecharon.

"La magia se está adaptando", murmuró. "Es un sistema de defensa. El controlador sabe que estás cerca de romper el vínculo."



"¿En serio? ¡No lo parece!" Virgilio gruñó y atacó de nuevo con otro golpe brutal.

Saltaron chispas de energía. Las runas alrededor del cristal brillaban más—una capa adicional de protección formada alrededor de la piedra, como un escudo de vidrio arcano. Vergil saltó hacia atrás justo cuando una explosión de energía estalló desde lo alto del golem, obligándolo a retirarse.

El coloso rugió. Sus extremidades se hicieron más gruesas, sus piernas más firmes y sus brazos, otrora lentos, comenzaron a moverse con mayor precisión. Las runas, que antes parpadeaban, ahora pulsaban a una cadencia frenética, como si algo —o alguien— estuviera vertiendo poder directamente en ellas.

Zuri silbó suavemente, preocupado.

"Su conciencia está aumentando. Están inyectando más magia. Están... amplificando la conexión."



"¿Se está volviendo más fuerte?" -preguntó Virgilio, girando su espada hacia una posición defensiva.

"No sólo más fuerte", respondió ella. "Más vivo. Más resiliente. Quizás incluso... más inteligente."

Vergil sintió el cambio. El golem ahora no sólo lo atacó con fuerza bruta, sino que trató de anticipar sus movimientos. Cada golpe parecía calculado estratégicamente para rodearlo, atraparlo, aplastarlo. Saltó, se retiró, atacó las articulaciones... pero nada funcionó.

"Está bien..." dijo Vergil, jadeando, "...esto va demasiado lejos."



Uno de los golpes del golem casi lo golpea de lleno. Giró en el aire, se deslizó por una de las paredes de la ruina y aterrizó de rodillas, con los ojos fijos en la criatura. La espada brillaba con energía, pero aún así... no era suficiente. No se rompería.

"Este cristal no cederá ante el acero", murmuró. "Entonces..."

Respiró profundamente, cerró los ojos por un segundo y cuando los abrió de nuevo, la energía demoníaca en su cuerpo explotó.

Sus ojos se pusieron rojos, sus brazos estaban cubiertos de venas negras incandescentes y sus manos brillaban con un brillo infernal. El aura que lo rodeaba era densa, asfixiante, como la esencia misma de un abismo contenido en forma humana.

Zuri se deslizó, escondiéndose instintivamente detrás de su hombro. Ella silbó:

"¿Vas a usar eso? ¿De verdad vas a...?"

"Si no quieres formar parte del mobiliario forestal," dijo con una sonrisa torcida, "será mejor que te agarres fuerte."

El golem retrocedió por un segundo, como si sintiera lo que estaba a punto de suceder.

Vergil flexionó los dedos. La energía demoníaca corría por sus venas como lava viva. Esta vez no levantó la espada. Él lo enfundó.



"Si puede soportar golpes de cuchillas... entonces tendrá que lidiar con esto."

Con un grito que resonó en todo el campo, Vergil se abalanzó hacia el golem, con los brazos envueltos en energía cruda. Saltó nuevamente sobre el monstruo y le golpeó el pecho con tal fuerza que se formó un cráter en su caparazón de piedra.

El golem intentó reaccionar, pero ya era demasiado tarde.

Vergil agarró los hombros de la criatura, clavó sus pies en su clavícula y metió sus manos, ahora deformadas por la magia demoníaca, en la parte superior de la cabeza del monstruo. Sus dedos perforaron la piedra como un cuchillo a través de la mantequilla caliente, abriéndose paso hasta tocar el cristal.

"No más defensa..." gruñó, con el rostro contorsionado.

Y empezó a aplastarse.



Sus dedos se cerraron alrededor del cristal negro y, con el sonido del vidrio crujiendo bajo presión, apretó. Se liberó energía, tratando de detenerlo, tratando de quemarlo, como un sistema de seguridad desesperado. Pero Virgilio lo ignoró.

Con un rugido final, aplastó todo el núcleo, como si fuera una fruta podrida en la palma de su mano.

El cuerpo del golem se congeló en ese instante. Las runas brillaron de un blanco brillante durante un breve segundo... y luego se oscurecieron por completo. La estructura se sacudió, se agrietó... y comenzó a derrumbarse.



Vergil saltó antes de que la criatura colapsara por completo. Las piedras cayeron con un estruendo que resonó entre los árboles, dejando sólo polvo y fragmentos de lo que una vez había sido una máquina de guerra viviente.

Aterrizó de pie. Pantalón. La energía demoníaca comenzó a retroceder y a evaporarse lentamente. Sus manos, una vez monstruosas, volvieron a su forma humana.

Zuri se arrastró hasta su cuello, todavía en silencio durante unos segundos.

"...Aplastaste un golem con tus propias manos", dijo finalmente.

"Te lo advertí", respondió frotándose las muñecas. "Llega un momento en que hablar es inútil."

Zuri se rió entre dientes. "Este bosque te matará, Virgilio."

Sonrió cansado, mirando lo que quedaba del monstruo. "Lo intentará. Buena suerte."

Antes de que el silencio pudiera instalarse de una vez por todas sobre las ruinas humeantes, un tenue resplandor rojo comenzó a girar alrededor de los fragmentos del golem caído. Al principio era sutil—una voluta de luz flotando como brasas en el viento. Pero pronto comenzó a silbar, a girar más rápido y a convertirse en una chispa viva y vibrante, llena de furia contenida.

Virgilio levantó una ceja e instintivamente volvió a alcanzar la empuñadura de su espada.

"Zuri... ¿es esto normal?" Él murmuró.



La pequeña serpiente se acurrucó ligeramente sobre su hombro, observando la luz con los ojos entrecerrados.

"No. Esto no es normal. Esto... es molesto."

La chispa giró más rápido y luego, como si reuniera toda su ira reprimida en un solo momento, explotó en un grito agudo y estridente:

"¡BASTARDOS! ¿POR QUÉ DESTRUYSTE A OZOB?!"

La voz era fina, con un timbre que sonaba como una mezcla entre un niño histérico y una ardilla con un megáfono. El eco del grito resonó entre las columnas rotas, asustando incluso a algunos pájaros lejanos.

Virgilio se volvió lentamente hacia la voz, con los ojos medio cerrados, tratando de comprender lo que, en nombre de todo por lo que había luchado, acababa de suceder.

La luz empezó a tomar forma. Piernas pequeñas. Alas translúcidas. Un cuerpo diminuto, de unos quince centímetros de alto, flotando a unos pocos pies del suelo. Tenía cabello escarlata corto y puntiagudo, una túnica hecha de pétalos y una expresión de odio genuino.

Zuri inclinó la cabeza hacia un lado. "...Es un hada."

"¿Es un hada?" Virgilio repitió, casi con incredulidad.

La criatura ahora flotaba sobre el pecho destruido del golem, con sus pequeños puños apretados.



"¡OZOB ERA UN GUERRERO LEAL! ¡FUE CREADO PARA DEFENDER ESTE BOSQUE! ¡UN PROTECTOR! ¡Y SIMPLEMENTE LO APLASTASTE COMO SI FUERA SOLO UNA ROCA!"

Virgilio cruzó los brazos y miró al hada con una mezcla de cansancio y desconcierto.

"Intentó matarme durante casi quince minutos."

"¡INVADISTE!" Ella gritó de vuelta. "¡ÉL SÓLO ESTABA HACIENDO SU TRABAJO!"

Zuri chasqueó la lengua. "Eso explica por qué lo controlaban. Él no era un autómata de guerra... era un centinela mágico, mantenido vivo por... probablemente ella."

La pequeña hada hinchó su pecho.

"¡SOY LA DIGNA REINA DE LAS HADAS, TITANIA!"